
VIVIR PARA LA AUTORREALIZACION

Vivir es consumir el tiempo, crear es un desafío a la muerte y enajenación. Crear es hallar y realizar la promesa existencial, transformada en obra. Por lo que en la vida de una persona debe existir una meta que sea la del perfeccionamiento y la autorrealización.

Así pues, para dejar de ser criatura hay que llegar a ser creador. Todas las personas están ligadas al oficio del quehacer que les permite llevarlo a cabo: su propia vida. Porque el oficio, la profesión humana es vivir, lo demás resulta agregado o sustitutivo.

Esto es lo que nos plantea Aniceto Aramoni, médico psiquiatra y psicoanalista; en la primera parte de su libro *Vivir es consumir el tiempo*. En el cual propone que el individuo debe madurar en el curso de su vida personal; en el curso de la vida social y en el de la vida de la especie. Pero esta maduración tiene dos vertientes: una de carácter físico y otra de carácter psíquico.

La primera se realiza de modo espontáneo, natural, siempre que no se presenten perturbaciones e impedimentos entre otras causas. La segunda no se realiza de manera espontánea, es preciso aplicarse a ella con todos los instrumentos que se posean.

La sociedad influye de manera decisiva, deforma y paraliza la evolución y produce con demasiada frecuencia la involución. La vida regularmente sana, con bienestar y homeostasis; depende fundamentalmente del ejercicio de la espontaneidad-libertad, pues la neurosis y muchas otras sociopatologías obstruyen o limitan el ejercicio del libre albedrío, como conquista de la evolución del hombre.

Como ejemplo convincente están las fobias, las obsesiones, el fetichismo, las compulsiones, la dependencia; que convierten el tiempo de la vida en una desgracia y en un quehacer imposibles, de esta manera la neurosis logra su cometido.

El ejercicio de la conciencia humanística presupone maduración humana, para lograrlo se necesita que alguien pueda afirmar: yo pienso, yo soy, yo siento, yo creo, yo actúo, yo decido; poseer identidad que constituye la cumbre de la adquisición humana madura y productiva. Es por esto que el autor considera a la neurosis, en gran medida como la increatividad, la pérdida de espontaneidad, de la libertad.

En la segunda parte de su obra Aramoni plantea el problema del desarrollo de la maduración humana desde el seno de la familia, vista ésta como célula fundamental

dentro de la estructura social occidental. La familia tiene una gran significación en lo religioso, lo moral y en relación con la patria; ya que de la familia, se despliegan un conjunto de normas integradoras y coercitivas que obstruyen o limitan el ejercicio del libre albedrío. Su importancia radica en que generalmente la tercera parte de la vida de una persona transcurre dentro del núcleo de la familia, ya sea por necesidad o por costumbre.

Durante ese lapso de permanencia voluntaria o involuntaria pero efectiva, el individuo está sujeto a su influjo, a la capacidad que tiene ésta de moldearlo, a su educación; prácticamente abarca todos los sectores de la cultura humana: religión, economía, criterio, moral, interés, socialización; politización y aprendizaje. Ninguna otra institución diseñada por el ser humano tendrá tanta influencia y tanto poder para estructurar y para conformar a quien se le recibe el nacer y ¿se le deja ir? aparentemente después de la juventud.

Durante los primeros años un niño es tratado a través de un narcisismo primitivo, después comienza el periodo de domesticación, en el que se le imprimen normas y costumbres, estableciéndose una especie de idolatría hacia los padres, la cual puede convertirse en permanente. Este fenómeno resulta muy importante en la vida de una persona; ya que durante la neurosis se vive "el problema de transferencia-idolatría, que aleja a los individuos de la realidad, obstaculiza la objetividad e impide la maduración.

En el crecimiento, al llegar a la adolescencia, se da una lucha que puede producir éxitos o fracasos, pero esta lucha nunca es fácil.

No es fácil ser hombre, más bien resulta difícil comportarse como tal, asumiendo ese oficio con dignidad y esto según Aramoni se complica porque un hombre puede ser tanto niño indefenso, como bruto sin control, tornarse idealista, santo y/o místico. Esta diversidad hace del hombre un fenómeno impredecible como individuo y como especie.

Estamos entonces frente a alguien encarcelado en un cuerpo, obligado a vivir "biológicamente" pero que a la vez posee espíritu, psique, libre albedrío y es por ello un ser desgarrado, que debe tomar una decisión, su decisión vital-existencial. La vida de un ser humano solo tiene el sentido mismo de vivirla, modular su propia vida, que es su obra máxima; pero moldearla exige un tiempo improrrogable que es la esencia misma del vivir.

Buscar la autenticidad del yo mismo e intentar la maduración.

Aramoni, Aniceto,
Vivir es consumir el tiempo,
México, Ed. Promexa, 1991, 214 pp.

Renato J. Acosta Quiñones.

